Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan Rios, Perez y Cuesta.

LA PUPILA Y LA PÉNDOLA.

Comedia en un acto, en prosa, acomodada del teatro francés al español por Don Juan Eugenio Hartzenbusch, *para representarse en Madrid el año de* 1848.

PERSONAS.

. Ecequiel.	Moratilla.
. Hilarion.	Gervasio.
. Remijio.	*Un criado.*
.ª Isabel.	*Alguaciles.*
. Leandro.	*Vecinos.*
›licarpa.	

ACTO UNICO.

La escena es en Madrid, en una plazuela de los ›rrios bajos: á la derecha del espectador está casa de D. Ecequiel.

ESCENA PRIMERA.

Remijio, *vestido de serio, con peluca y anteojos verdes.*

Me parece que con este disfraz no habrá quien me conozca en todo Madrid. Gracias á mi travesura, puedo introducirme sin peligro en casa de D. Ecequiel. Cierto es que Isabel, su hermosa pupila, no me quiere gran cosa, encaprichada con aquel necio de Leandro; pero de esta hecha es mia sin remedio, y tras ella viene su dote, aunque rabie el tutor. La niña no me ha visto sino de noche y al paso; en la carta que la di ayer, estaba perfectamente imitada la letra de Leandro; alli me he supuesto un escribano amigo suyo, que vendrá hoy á sacarla de esta casa para llevarla á la mia, donde se desposará con su amante; y estoy cierto de que me seguirá. Una vez en mi poder, mis artificios, un arrepentimiento bien aparentado, y su propio pundonor, la obligarán á casarse conmigo; y con esto salgo de trampas y hago mi fortuna.

ESCENA II.

D. Ecequiel, Moratilla, D. Remijio.

›e. Pícaro, bribon, canalla. (*dentro.*)

Mor. Poco á poco, señor don Ecequiel.

Ece. Sal de mi casa, infame, sal de aqui. (*salen D. Ecequiel y Moratilla.*)

Mor. Yo saldré de su casa de usted; pero, señor amo, quien despide, paga.

Rem. (*áp.*) (Qué ocasion mejor? yo me cuelo.) (*entra en casa de D. Ecequiel.*)

Mor. Deme usted el salario del mes: vengan 40 reales y me voy.

Ece. ¿Te atreves á pedirme el salario, despues de haberme robado tan escandalosamente?

Mor. ¡Quién le ha robado á usted?

Ece. ¡Aun lo quieres negar? ¡No te he cogido infraganti?

Mor. ¡Tanta bulla porque me he desayunado con dos piltrafas de jamon!

Ece. Era una magra de casi dos onzas. ¡Piensas que no la tenia pesada?

Mor. ¡Y me cobra usted por eso 40 reales?

Ece. Lo que debia hacer, era dar parte á la justicia. Pero anda á buscar á otra parte el premio de tus iniquidades; anda, gloton, anda, ratero. (*vase á su casa.*)

ESCENA III.

Moratilla.

Oiga usted. ¡Pues no me roba dos duros, y luego me trata de ladron? ¡Dos duros! veinticinco onzas de oro si que me quita, si no hallo medio de entrar en la casa. ¿Se dará cosa como ella? Venderle yo á este usurero de mi amo la semana pasada una Péndola real, que me habia dejado mi tia la de Cuenca en su testamento; llegarme ayer una carta del testamentario avisándome haber hallado un papel de la difunta, en el cual decia que destinaba para mi ocho mil reales que tenia escondidos en un secreto ejecutado en la chapa trasera de la péndola; no haberlos podido sacar todavia, ¡y plantarme el amo en la calle! Si se lo digo, los pierdo sin remedio: si acudo á la jus-

ticia, la declaracion no está en forma legal, y de nada me sirve, y en último resultado todo se iria entre músicos y danzantes; comprar la péndola, no puedo, porque gasté el dinero que me dió mi amo por ella en ropa. El lance es apurado. Si no fuera este hombre tan avariento... Pero sí; ¡no casa él á su pupila doña Isabel por no dar cuentas de la hijuela, y querrá...! ¿Y he de perder yo tontamente mis veinticinco onzas de oro?

ESCENA IV.

D. HILARION, MORATILLA.

HIL. (*llama á la puerta de don Ecequiel.*) ¡Ah de casa! Ola!
MOR. ¿Qué negocio traerá tan temprano por aqui ese usurero de D. Hilarion?
ECE. (*dentro.*) ¿Quién es?
HIL. Soy yo, D. Ecequiel.

ESCENA V.

D. ECEQUIEL, D. HILARION, MORATILLA.

ECE. ¿Qué es eso? ¿Le hace á usted cosquillas la péndola todavia?
MOR. (*ap.*) ¡La péndola! ¿Si querrá este viejo alzarse con mi herencia?
ECE Ya le dije á usted que habia de volver.
HIL. Pero, D. Ecequiel, confiese usted que dar dos mil reales de vellon en estos tiempos...
ECE. Crea usted, D. Hilarion, que perdia si la daba en una peseta menos; á fé de hombre de conciencia.
MOR. (Y me la ha comprado en quince duros á mi.)
HIL. Una vez que usted lo exije redondamente, le daré á usted los dos mil reales. (Ya tengo quien me la tome en cuatro mil.)
ECE. Venta hecha. Pero ¿sabe usted, D. Hilarion, que le advierto mas alegre que de costumbre? ¿Ha hecho usted hoy algun buen negocio?
HIL. Uno escelente: cosa que tenia hartas ganas de conseguir. Pues, señor, yo acabo de proporcionar una colocacion á mi hijo.
ECE. ¡A su hijo de usted! Yo no sabia que tubiese usted hijos, D. Hilarion.
HIL. Pues tengo uno, D. Ecequiel.
ECE. Nunca le he visto.
HIL. Yo lo creo: cerca de dos años hace que no le veia yo. ¡Es el bribon mas grande..! mas pesadumbres me tiene dadas...!
ECE. Y á pesar de todo, mira usted por él. Ya me hago el cargo; la naturaleza... Las entrañas de un padre siempre son unas.
HIL. ¡Ay! si señor, es cierto.
ECE. ¿Y qué colocacion le ha ajenciado usted?
HIL. Una plaza en el fijo de Ceuta.
ECE. Ya: segun lo que usted ha dicho, es lo que le conviene al muchacho. ¿Tiene usted ahí por acaso los dos mil reales consabidos?
HIL. Si á usted le parece, pasaremos á mi casa, y le contaré á usted el dinero...
ECE. Y yo lo recojeré.
HIL. No, lo recojerá mi criado; le acompañará á usted á la vuelta, y se lo entregará á usted cuando él reciba la péndola.
ECE. Muy bien.
HIL. Cuanto mas amigos, mas formalidad.
ECE. (*llamando.*) Muchacha, Policarpa.
POL. (*dentro.*) ¿Mande usted?
ECE. El sombrero.
HIL. Buena venta ha hecho usted, D. Ecequiel.
ECE. Cuenta le habrá tenido á usted, D. Hilarion.

ESCENA VI.

POLICARPA *y dichos.*

POL. Aqui está el sombrero.
ECE. Bueno. Vete con Isabel, y cuidado con lo que se hace.
POL. Estamos enteradas. (*vase.*)
HIL. ¿Vamos?
ECE. Vamos allá. (*vanse.*)
MOR. ¡Se vá á llevar D. Hilarion mi péndola, se vá á llevar mis veinticinco onzas de oro! ¡Policarpa! (*llamando.*) ¡Policarpa! Abre, soy yo.
POL. (*dentro.*) Me ha prohibido el amo que te dé entrada en la casa.
MOR. Muger...
POL. (*dentro.*) So pena de ir á la galera.
MOR. Mira que me importa mucho...
POL. (*id.*) ¿Porqué no partiste conmigo el jamon? Al gato goloso quemarle el hocico.
MOR. Mira, escucha. Se marchó. ¡Estoy aviado! ¿Que medio hallaria yo para tener en mi poder la péndola, aunque no fuese mas que por cinco minutos?

ESCENA VII.

GERVASIO, MORATILLA.

GER. ¡Como se me abre la boca! Y á fé que no es de sueño.
MOR. ¿Quién penetra ahora en ese castillo encantado? ¡Gervasio!
GER. ¡Moratilla!
MOR. Yo no te hacía en Madrid. ¿A qué venias por estos barrios?
GER. Salia de mi casa.
MOR. ¿Pues dónde vives?
GER. Ahí enfrente. (*señala la de don Ecequiel.*)
MOR. ¿En que cuarto?
GER. En el mejor, en el que está mas cerca del cielo.
MOR. Si, tú siempre has sido muy celestial. ¿Cuándo has venido del pueblo?
GER. Antes de ayer: la misma noche de mi llegada me robaron en el juego el dinero que traia; y hace dos dias que me mantengo con los olores que suben por las chimeneas al tejado. Si me prestáras unos cuartos...
MOR. ¿Quieres ganar un puñado de duros?
GER. ¿Y como cuantos caben en un puñado?
MOR. Hombre, quiero decir diez ó doce.
GER. ¡Doce duros! En mi vida los he tenido yo. ¿Y como he de ganarlos?
MOR. En el trato, en el comercio, como otros hacen.
GER. ¿Y en qué comercio?
MOR. En el de relojeria.
GER. ¡De relojeria!
MOR. Yo te aseguro desde luego doce duros de ganancia sobre una péndola real, que no te costaria mas que emplear bien tus manos.
GER. ¿Què es eso de péndola?
MOR. Un reloj como el que hay en la sacristia del lugar.
GER. ¡Buenas manos tengo yo para hacer péndolas ni péndulos!

MOR. No se trata de construirla, pollino, se trata solamente de transportarla.

GER. A ver, esplicamé ese transporte.

MOR. En esta casa, que es la de un usurero que ha sido amo mio, hay una magnifica péndola. Yo te indicaré la pieza en que se halla; te introduces en la casa por donde te diré, pillas la albaja sin que nadie te veá; me la das, la vendo, y partimos.

GER. ¿Y á eso llamas tú comerciar en relojeria?

MOR. ¿Qué duda tiene?

GER. Es que me parece que lo he oido yo llamar de otro modo.

MOR. Puede. Tambien lo llaman: hacer una distraccion, ó extraccion.

GER. ¡Distraccion! No, tampoco es eso.

MOR. En resumidas cuentas, el nombre nada importa. Yo te propongo un medio de ganar dinero: ¿te acomoda? Si ó no.

GER. ¡Pero que! ¿me lo propones de veras?

MOR. Y muy de veras.

GER. Ello cuando tiene uno una hambre de cuarenta y ocho leguas de larga... Pero dime; esos que tienen esas distracciones, ¿no están espuestos á que la justicia se divierta despues con ellos?

MOR. Cuando les falta destreza, cuando no tienen habilidad, si.

GER. Eso me tranquiliza. Efectivamente, alli en el lugar hay un señor que tiene una soberbia casa, y una huerta muy grande, y muchas tierras de labor; y todos dicen que ha hecho esto y lo otro, y lo de mas allá, y que es un pícaro: pero él no deja por eso de comer y beber como un principe, y de reirse de todos.

MOR. Por supuesto, porque ha sido hombre de destreza.

GER. ¡Ay! si yo tuviera tanta como él!

MOR. ¿Y por qué no? En sus principios el tal señor no valia mas que tú. Puede que con el tiempo vengas á ser mas que él, puesto que tienes la ventaja de principiar por un golpe maestro.

GER. Es verdad. Pero dime, Moratilla, una vez que esa accion es tan bizarra, ¿por qué no la haces tú mismo?

MOR. Por escrúpulo de conciencia. Yo la tengo tan timorata, que si diese el golpe yo mismo, no podria resolverme á partir las ganancias con mi amigo Gervasio.

GER. Pero si, por el contrario, quisiera el amigo Gervasio encargarse de la empresa, no llevarias á mal que partiese con su amigo Moratilla.

MOR. No por cierto; antes lo exijiria.

GER. ¡Cosa como ella! Vamos, es preciso complacer á tu conciencia: haré todo lo que te acomode.

MOR. Al caso. Tú vives ahí en la boardilla: ¿te se ha olvidado ya el bajar por las chimeneas?

GER. ¡Ca! si me deslizo como una oruga. Pero ¿por qué lo dices?

MOR. Subamos á tu cuarto, y te lo esplicaré, y desde alli partirás para la grande empresa.

GER. La de la extraccion. Hombre, ¿no podrias adelantarme algo á cuenta de los doce duros? Si diese antes un refuercillo al estómago...

MOR. ¡Qué desatino! Si el hambre es la que anima para estas cosas. Subamos á tu cuarto, que no hay tiempo que perder. (*vanse.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL, DON REMIGIO.

ISA. Yo tiemblo. ¿Si nos habrá visto Policarpa?

REM. Nadie nos ha visto: no tema usted, señorita: pero, ¿quién era aquel hombre que hablaba aqui hace poco con el tutor?

ISA. Otro usurero compañero suyo.

REM. (No hay mas que es él.)

ISA. Un tal D. Hilarion.

REM. (Es mi padre, no hay duda.)

ISA. Usted se turba: ¿qué tiene usted?

REM. ¡Un escribano turbarse! Aunque se oyera llamar hombre de bien, permaneceria impávido. No obstante, vámonos corriendo, que ya Leandro estará impaciente.

ISA. Si, vamos, pero... Yo no sé si me atreva todavia... Casi me arrepiento...

REM. ¿No quiere usted ya á mi amigo?

ISA. Le adoro: pero ¿por qué no viene él á sacarme de esta casa?

REM. Treinta veces la he respondido á usted ya sobre esa pregunta; y la carta de su amante que la he entregado á usted, le ha disculpado con anticipacion de ese cargo. ¿Desconfia usted de mi?

ISA. No señor, no digo yo tal cosa.

REM. Pues ¿en qué nos detenemos? Gente viene: huyamos antes que nos vean: el coche está prevenido en la esquina.

ISA. ¡Ay Leandro! á lo que me obligas!

REM. (Espérale.) (*á Isabel.*) Vamos, señorita. (*vanse.*)

ESCENA IX.

MORATILLA *y despues* GERVASIO.

MOR. Doña Isabelita se va de su casa con don Remijio disfrazado de escribano: esto me huele á depósito, verdadero ó supuesto. Mejor para mi; asi Gervasio hará la suya con mas seguridad. No debe tardar en salir... ruido se oye: él es. (*sale Gervasio con la péndola envuelta en un tapete, y muy tiznado.*)

GER. Ya voy á comer, ya la traigo. ¡Ay lo que pesa!

MOR. ¡Como te has puesto de hollin! Dámela corriendo, y escapemos; tú al figon de la esquina, y yo á casa de un relojero.

GER. Si, escapemos, y comamos. (*vanse y se oye á Policarpa, aunque muy á lo lejos, gritar.*) ¡Ladrones, ladrones! ¡Señorita, señorita!)

ESCENA X.

D. ECEQUIEL *y un criado, y luego* POLICARPA.

ECE. Aguárdame aqui: voy á sacar la péndola.

POL. (*saliendo y agarrando á D. Ecequiel.*) ¡Ladrones, ladrones! ¡que nos roban!

ECE. ¡Ladrones, ladrones! ¡que me ahogan!

POL. ¡Ay! ¿es usted, mi amo? Perdone usted.

ECE. Yo soy, canalla, yo soy: pero ¿qué diablos tienes? ¿qué ha sucedido?

POL. ¡Ay señor de mi alma!

ECE. ¿Què, maldita, qué? ¿Quieres hablar?

POL: El aliento me falta.

ECE. ¡Y te sobran las manos para estrujarme el

pescuezo! Vamos á ver si me dices bien pronto...

ESCENA XI.

D. Leandro *y dichos.*

Lea. D. Ecequiel, acabo de ver á su pupila de usted alejarse de aqui con precipitacion en un coche acompañada de un hombre, al parecer de la Curia. ¿Qué significa esto?

Pol. ¡Animas benditas!

Ece. Policarpa, ¿no está Isabel en casa?

Pol. No señor: si yo me volvia loca, porque...

Ece. ¡Válgame Dios! eso es, que me la han robado, ó se ha escapado ella; porque nunca ha salido sin mi; ese ha sido un disfraz: si ese hombre fuera un escribano y viniera de oficio, se hubiera presentado á mi sin rebozo. Y usted que los ha visto, ¿no ha hecho por estorbar la fuga?

Lea. Si hubiera estado bien seguro, quizá me hubiera atrevido; no por usted, porque no lo merece; usted sabe con que ternura amaba á Isabel y era amado de ella; usted sabe los pasos que he dado para obtener su mano, y el indigno modo que ha tenido usted de tratarme.

Ece. Si, Sr. D. Leandro, si que lo sé.

Lea. Pero no importa, ya que la virtud de Isabel está en peligro, procuremos salvarla, si es tiempo aun. Voy á buscar al seductor por todas partes, á dar sus señas, y á repartir gente que le busque hasta encontrarle. Usted verá quien soy en esta ocasion. (*vase.*)

Pol. Sin duda habrá sido aquel don Remigio, aquel vagamundo que le han dicho á usted que la andaba rondando, y á quien nunca hemos visto la cara.

Ece. Pero tú, bribona, ¿no los has visto salir?

Pol. ¡Qué! no señor; si yo estaba en la cocina rebozando unas coliflores.

Ece. Pues ¿por qué te me has tirado al cuello como una loca, gritando: ladrones?

Pol. Era por cosa muy diferente: yo corria tras un lugareño que se ha metido en casa, y le ha robado á usted su hermosa péndola.

Ece. ¿Mi péndola, ó mi pupila?

Pol. Oi ruido, hácia la habitacion de la señorita, acudi, y por la reja vi al ladron en el portal, que se llevaba...

Ece. ¿Pero qué se llevaba? La pupila, ó la péndola?

Pol. La péndola, señor; que lo que es la pupila por su pié se habrá ido. Yo lo he visto con estos ojos.

Ece. Me han muerto, me han asesinado. ¡Me han quitado mi hermosa péndola! ¡me la han robado! ¡Una péndola que habia vendido en dos mil reales! Este hombre trae el dinero para pagarme.

Cria. Es que no dándome la péndola, me lo volveré á llevar. Asi me lo tiene dicho mi amo.

Ece. Ya lo oyes: se vá á llevar el dinero. Por Dios, hombre, por san Nicodemus bendito, aguarde usted un instante. ¡Ay mi péndola de mi alma! mi pupila! mis dos mil reales! ¡Desventurado de mi! Policarpa, aconséjame: ¿qué debo hacer?

Pol. Poco tiene que estudiar: avisar al alcalde del cuartel: yo puedo dar las señas del vestido del ladron, usted las de la péndola; con que nada nos falta. Dejelo usted á mi cuenta, que ello se compondrá. Voy á cojer la mantilla. (*vase.*)

Ece. ¡Dios mio! ¿y las costas? Pero una vez que es preciso, vamos á casa del alcalde. ¡Que gusto tendria en hacer que ahorcasen al infame robador! No sé que daria por verle ahorcado mañana. (*Sale Policarpa, cierra la puerta, da la llave á su amo, y se van ambos acompañados del criado.*)

ESCENA XII.

D. Remijio *y* Gervasio, *sale cada uno por su lado.*

Rem. ¡Yo ahorcado!

Ger. ¡Ahorcado yo!

Rem. Este maldito viejo seria capaz de hacerlo.

Ger. Esto ya es cosa que pide atencion.

Rem. ¡Ahorcarme sin haberme casado!

Ger. ¡Ahorcarme sin haber almorzado!

Rem La criada se debe haber hecho cargo de mi traje, y voy á ser conocido. ¡Que precisamente al tiempo de ir á entrar en mi casa, llegase aquel alguacil á prenderme, y tuviese que volver pies atrás con la niña, sin haberme mudado de vestido! Pues para comprar otro, no tengo dinero suficiente, y el alguacil no se separa de mi puerta.

Ger. Moratilla no viene: si me aparto de aqui no me va á hallar, y me muero de hambre: si me quedo, me cojen y me ahorcan.

Rem. Este patan podria sacarme del apuro.

Ger. Aquel señor me mira: si me quisiera socorrer...

Rem. Buen amigo, usted podria hacerme un favor.

Ger. Y usted caballero, podria hacerme otro.

Rem. ¿Tendria usted dificultad en deshacerse de ese vestido?

Ger. Si no me hiciera falta, por un pedazo de pan lo daria, porque hace ya cuarenta y ocho horas que no me he desayunado.

Rem. ¿Querria usted cambiar de traje conmigo?

Ger. Señor, ¿tiene usted gana de reir?

Rem. No lo digo de chanza; me conviene para una idea que tengo. Como estamos en Carnaval..

Ger. ¿Y no me pedirá usted nada de vuelta?

Rem. Nada, ¿no le digo á usted? Yo tengo razones para querer que no me conozcan

Ger. Cada uno puede tener las suyas.

Rem. Venga usted conmigo á una hosteria, y despacharemos un par de perdices.

Ger. (¿Perdices dijiste?) Vamos volando. (¡Bravo chasco se lleva!)

Rem. (Lindamente le he engañado.) (*vanse.*)

ESCENA XIII.

D. Leandro, *y despues* Moratilla.

Lea. Cruel fortuna, ¡como te burlas de mis esperanzas! Mi rival se libra de mis pesquisas; y quizá mientras me canso en diligencias inútiles, él se aplaude de su victoria. ¡Insoportable idea! Pero no me dejaré abatir: el amor y los celos me animan. Veamos, busquemos. (*sale Moratilla.*)

Mor. No puedo encontrar á ese simple de Gervasio: ¿donde se habrá metido?

LEA. ¿Quién? ¿Le andas buscando tú tambien, Moratilla?

MOR. ¡Buscar! yo! si señor.

LEA. ¿Y no has sabido nada de ese infame que ha robado á la pupila de D. Ecequiel?

MOR. ¿Con que es cierto que ha sido robada?

LEA. Demasiado cierto es. Juzga de mi sentimiento, tú, que no has podido ignorar el orijen y progresos de mi amor, mis pesares y mis alegrias. Por todas partes busco á ese inícuo raptor; y si tengo la dicha de hallarle, quizá la mano de Isabel será mi recompensa.

MOR. Pero ese inícuo raptor, ¿sabe usted quién es?

LEA. Todo lo que sé; sé que llevaba sombrero de tres picos, anteojos verdes, casaca y calzon corto. Amigo, corre, busca por todos lados: favorece los deseos del mas fino amante, y cuenta con mi agradecimiento. (*dice estas palabras impeliendo á Moratilla, y haciéndole atravesar el teatro; vase.*)

MOR. (*solo.*) ¡Diantre! que modo de espresar el amor tan enérgico! ¿Y qué debo yo hacer, ahora que he recobrado mis veinticinco? El raptor de Isabel es D. Remijio; que á pesar de su disfraz le he conocido: yo sé una porcion de cosas acerca del tal D. Remijio, capaces de desencaprichar á mi señorita, por mucho que quiera á ese hombre. Si han conocido á Gervasio, pueden prenderle; y ¿qué sé yo como mirarán los señores de la sala esta travesura? Pues ganemos un protector en D. Leandro: voy á ver si puedo hallar á doña Isabelita. (*vase.*)

ESCENA XIV.

D. ECEQUIEL.

ECE. ¡Hacer estos gastos ahora, y quizá en valde! Esto es cruel; pero lo mas cruel es el haber perdido los dos mil reales.

POL. (*dentro.*) Aqui está: vecinos, favor: aqui está.

REM. (*dentro.*) Pero ¿qué quieren ustedes, señores?

VEC. (*dentro.*) Pronto se lo diremos á usted, compadre.

ESCENA XV.

POLICARPA *y algunos* VECINOS, *trayendo asido á* DON REMIJIO, *vestido con el trage de Gervasio.* D. ECEQUIEL.

REM. Yo no los conozco á ustedes para nada.

POL. Yo si que te conozco, pícaro. Señor amo, aqui le tenemos. Este amiguito es: ¡mire usted qué carita de hombre de bien!

ECE. ¿Con que le habeis cojido? Sea Dios bendito y alabado.

REM. (Ya estoy conocido: de nada sirvió el disfrazarme.)

ECE. ¿Con que eres tú, el que se ha introducido en mi casa para arrebatarme la prenda mas preciosa que yo poseia?

REM. Por Dios, Sr. D. Ecequiel...

ECE. Vamos, comienza por hacerme una pronta restitucion.

REM. ¡Una restitucion!

ECE. Si por cierto: una restitucion al punto: habla: ¿dónde la has llevado, mal hombre?

REM. Una vez que es preciso confesárselo á usted, no pudiendo entrar en mi casa con ella, entré y la dejé en un rincon de una capilla oscura; ahi en la iglesia inmediata: he salido un instante, y cuando he vuelto...

ECE. ¿Qué? acaba de decir.

REM. Que ya no estaba.

ECE. ¿Tan pronto habia desaparecido?

REM. Por un momento que estuve fuera, se me marchó de entre las manos.

ECE. ¿Conque ya es perdida para siempre? ¿Conque enmedio de mi desconsuelo no me queda otro alivio que mandar ahorcar á este miserable?

REM. ¡Pues que! ¿Tendria usted valor, por una friolera semejante...?

TOD. ¡Como, friolera!

ESCENA XVI.

D. HILARION, *dos Alguaciles, dichos.*

HIL. Vengan ustedes, señores ministros; por aqui me han dicho que andaba.

ECE. ¿Qué busca usted, amigo D. Hilarion?

HIL. Busco á un tunante, á un hijo malvado... (*viendo á D. Remijio.*) Este es.

ECE. ¿Su hijo de usted?

HIL. Si señor, aquel buena pieza. Al fin te encuentro, hijo desagradecido, hijo desnaturalizado. Alguaciles, ya saben ustedes las órdenes del juez: recomiendo á ustedes ese caballerito.

REM. Padre, por Dios.

HIL. ¿Y te atreves aun á pronunciar ese nombre? Alguaciles, hagan ustedes su obligacion.

ALG. No se aflija usted, mocito; un viaje á Ceuta le vendrá muy al caso.

ECE. (*al Alguacil.*) Aguarde usted un momento, amigo. Una palabra, D. Hilarion. Que no nos oigan los corchetes. Sepa usted que su hijo es quien me ha robado la péndola.

HIL. ¡Virjen de los desamparados!

ECE. El mismo lo acaba de confesar.

HIL. ¿Es posible? Pues bien, no se sofoque usted, él se la volverá.

ECE. ¿Qué ha de volvérmela si ya no está en su poder?

HIL. ¿Ya no la tiene? (*trayendo á su hijo de la mano á donde está D. Ecequiel.*) ¿Qué has hecho de ella, infeliz?

REM. Me he quedado sin ella.

HIL. ¡Bruto! ¡Bribon! ¿Con que asi, D. Ecequiel..?

ECE. Con que asi, D. Hilarion, será preciso que se haga justicia; que haya funcion en la plazuela.

HIL. Pero, D. Ecequiel, ¿tendrá usted valor para deshonrarme, para hacerme perder el crédito? Mire usted que hasta ahora no ha habido ningun ahorcado en mi familia.

ECE. Por alguno se ha de principiar.

HIL. ¿Y la caridad cristiana, D. Ecequiel?

ECE. Y la péndola perdida, D. Hilarion?

HIL. Usted no sabe lo que es ser padre.

ECE. ¿Y me lo ha de enseñar usted, que envia á su hijo á Ceuta?

HIL. Yo le envio allí por su bien y por mi reposo, y usted me le envia á la horca por su capricho. ¿Qué ganará usted con que el verdugo se siente sobre mi hijo?

ECE. Pues bien, yo le escusaré á usted esa corta pesadumbre. Entrégueme usted los dos mil reales de la péndola, y como si nada hubiese pasado.

HIL. Pero, D. Ecequiel, entonces el robado soy yo.

ECE. Pero, D. Hilarion, su hijito de usted es quien ha hecho la hazaña; está en el órden que usted la pague. De lo contrario, habrá cajon en santa Cruz, y tablilla en los Italianos.

HIL. (¡Ah usurero maldito!) Tome usted con mil santos el dinero, ya que no hay otra salida. (*al Alguacil.*) Señor Gavilan, lleve usted á ese caballero á su destino.

ALG. Vamos, camarada.

REM. Pero padre, querido padre...

HIL. Calla, que no quiero verte, ni oirte. Llévele usted pronto, Sr. Gavilan. Anda, infame, canalla, marcha de aqui. ¡Dos mil reales perdidos por él! ¿Cuándo los ha valido él? ¡Ay que digno de compasion es un buen padre! (*vase. Los Alguaciles se llevan á D. Remijio, los vecinos se retiran.*)

ESCENA XVII.

D. LEANDRO, D. ECEQUIEL, POLICARPA.

LEA. Señor, he sabido que acaban de ver por aqui un hombre, cuyas trazas convienen con las señas que he dado del robador de Isabel. Yo le busco por todas partes.

ECE. Búsquele usted, D. Leandro; que si sale usted con la empresa y me devuelve á Isabel, de usted es su mano. (*vase á su casa y Policarpa le sigue.*)

LEA. (*solo.*) ¡Oh amada Isabel! todavia nos reuniremos. Pero, ¿cómo ha podido venderme y huir con mi rival? ¡Ah! yo tengo la culpa. Yo desanimado por las negativas de su tutor, he abandonado á mi amada: ¿qué estraño es que por salir del cautiverio que sufria..? ¡Que veo! (*sale Gervasio con el traje de D. Remijio.*)

ESCENA XVIII.

GERVASIO, D. LEANDRO.

GER. No hay hombre mas campechano en todo Madrid que aquel señor: con la propina que me dió, me he regalado como cuerpo de rey. ¡Y qué majo estoy! Ahora si que espero á Moratilla sin miedo: que vengan ahora á conocerme

LEA. (Casaca, sombrero de tres picos, anteojos verdes... El mismo es.) Oiga usted una palabra.

GER. ¿Qué se le ofrece á usted?

LEA. ¿Ha podido usted creer que ese disfraz le pondria á cubierto de mis pesquisas?

GER. ¡Como! (¡Que diablos! este hombre me conoce.) Amigo, á la paz de Dios.

LEA. Deténgase usted y nada tema: yo voy á hablarle á usted con franqueza. Yo soy competidor de usted.

GER. ¡Oiga! ¿Con que usted es..?

LEA. Si, pero soy competidor generoso; y sin calificar esa accion, la envidio y quisiera haberla hecho. Usted posee el objeto de mis deseos, la joya que tanto habia deseado; pero si la ha adquirido usted debidamente; poséala en buen hora, yo lo consiento.

GER. (Vaya, este es uno de aquellos caballeros de industria, de que me ha hablado Moratilla, y no vale disimular.) Camarada, ya veo que es usted del oficio. ¿Acostumbra usted hacer distracciones tambien?

LEA. ¿Distracciones?

GER. O estracciones, ó transportes.

LEA. Es decir...

GER. Hombre, robos.

LEA. Solo este hubiera podido tentarme; pero nunca he tenido valor para emprenderlo.

GER. Como estas cosas tienen sus percances... Se entiende, cuando no es uno diestro.

LEA. ¡Ah! no me hubiera detenido el peligro; la destreza, si, pudiera haberme faltado. Pero usted que tanta tiene, ¿querrá decirme por qué medios ha logrado su intento? ¿Habrá usted sin duda puesto en práctica todo el arte lisonjero de la seduccion?

GER. No señor, la cosa ha sido la mas sencilla del mundo. Voy á contarle á usted el hecho, que acaso le podrá ser útil en otra ocasion.

LEA. Creo que no; pero oigamos.

GER. Pues, señor, en primer lugar yo me colé en la casa...

LEA. Sin que lo supiera D. Ecequiel?

GER. Sin que nadie lo supiera.

LEA. ¿Ni Isabel tampoco?

GER. Por supuesto, nadie: ¿no le digo á usted?

LEA. (Ella no ha consentido; quizá sea inocente.)

GER. Entré, como digo, en la casa: pero ¿á qué no adivina usted por dónde?

LEA. Por la puerta sin duda.

GER. No tal.

LEA. ¡Ah! por una ventana: es la entrada de los amantes.

GER. Bah, no dá usted en ello. Por la chimenea.

LEA. Confieso que no lo hubiera imajinado.

GER. Toma, porque no es usted hombre de destreza.

LEA. ¿Y dónde la encontró usted?

GER. Enfrentito del tocador.

LEA. Inmóvil, tal vez parada..

GER. No señor, andando. Yo de que la vi, me quedé estático. ¡Es que es una alhaja!

LEA. ¡Cuan preciosa! ¿Y usted... habló?

GER. Si, para hablar era el caso: lo que hice fué echarla el guante sin andarme en historias.

LEA. ¡Ah bárbaro! ¡que horror! Y en aquel momento terrible ¿ella no dió voces?

GER. ¿Voces? ¡Ah! ya entiendo. Si señor, al instante empezó á dar, armando un ruido de mil demonios.

LEA. ¿Y usted?

GER. Yo, sin perder tiempo la eché encima un tapete de una mesa, la coji en brazos, y escapé con ella hácia el portal, mas listo que un cohete: Asi es como se hacen las estracciones.

LEA. (¡Desventurada! No, no es culpable. La sorpresa, el espanto...) Y en aquel estado se la llevó usted á casa.

GER. Nada de eso; se la entregué á un camarada; que es el principal interesado en el negocio.

LEA. ¿El interesado? ¿Luego es usted agente de otro?

GER. Pues: del autor de la idea.

LEA. Y su camarada de usted, ¿qué ha hecho de ella?

GER. Ha ido á buscar quien la vea y la reconozca

LEA. ¿Quien la vea? ¿Para qué?

GER. Para que la tome y la disfrace de cualquier modo.

LEA. A que es el disfrazarla?

GER. ¿No ve usted que sino, la conocerian en

cualquier casa de comercio? Y aun mejor seria sacarla de Madrid.

EA. ¿Con que pretendeis alejar de aqui al objeto de mi cariño? ¿Y te atreves á declarármelo?

ER. ¿Y por qué no? Un lobo no muerde á otro.

EA. ¡Malvado! ¿crees gozar impune del fruto de tus iniquidades? ¿Puedes esperarlo?

ER. ¿Si querrá usted tambien tener parte en la ganancia?

EA. ¡Yo tener parte!

ER. Es que, mire usted, yo tengo mis escrúpulos de conciencia.

EA. ¡Yo dejar en vuestro poder el bien que adoro, infames! No, mia solo ha de ser; tú has de volvérmela, ó te arrancaré la vida, vil mercenario. (*agarra á Gervasio.*) D. Ecequiel, don Ecequiel.

ER. Hombre, yo no soy mercenario, ni dominico; déjeme usted, que esa no es partida de compañeros.

ESCENA XIX.

D. ECEQUIEL, POLICARPA, *dichos.*

A. Venga usted, don Ecequiel; sus deseos de usted se han cumplido, y la fortuna ha favorecido mi celo. Aqui tiene usted al autor de sus desgracias; este es el villano raptor.

E. ¡Ola! ¿Eres tú el que me ha robado mi pupila?

R. ¿Su pupila de usted? (¿Si se llamará tambien la péndola, pupila?) Hombre, si entiendo lo que ustedes quieren decir, que me pongan por columpio de la horca.

E. Vaya, si te pondrán antes de mucho.

R. ¡Zape!

ESCENA XX.

DOÑA ISABEL, MORATILLA, *dichos.*

R. (*deteniéndose en el fondo del teatro con doña Isabel.*) Gervasio aqui! bien me lo temi yo.

E.. Yo buscaré quien le lleve á la cárcel.

R. Pero, señores...

A. No te queda sino un medio para evitar el justo castigo que te espera; nombrar y descubrir á tu infame cómplice, tu digno camarada.

R. Si con eso me dejan ustedes libre, les diré todo el caso de pe á pa. Pues señores...

R. (*á Gervasio adelantándose.*) Toma los doce duros, y calla. Señor don Ecequiel, aqui tiene usted á su pupila.

Is. Señor, yo...

E. Sea usted bien venida, señorita.

M. Y aqui tiene usted la péndola. (*se la dá.*)

E. ¡Mi péndola! ¡Prenda de mi corazon! (*entra en su casa.*)

M. La señorita ha salido de su casa engañada por una carta falsamente atribuida á usted, en que la animaba á dar este paso. Leála usted.

L. ¡Como!.. (*lee.*) »Querida mia, las circunstancias en que nos hallamos... me obligan á proponerte, aunque con repugnancia..» Es cierto. Amada Isabel, ¿usted ha hecho por mi ese arrojo?

ISA. ¿Por quién sino por usted me hubiera atrevido á tanto? Pero en el momento en que conoci al supuesto escribano, no pensé sino en hacer que me dejase sola, para huir de su odiosa presencia.

LEA. ¡Que afortunado soy! (*sale D. Ecequiel.*)

ECE. Ya queda mi alhaja en lugar seguro. Mucho siento, Moratilla, el disgusto de esta mañana.

MOR. Yo lo olvidé enteramente asi que supe sus desgracias de usted, y corri por todo Madrid á informarme del paradero de la señorita. Pasando por una relojeria, veo alli la péndola; digo que es robada, grito, alboroto, y la traigo. En el camino me encuentro á la señorita llorando, y sin atreverse á volver á casa; dígola media palabra, me sigue, y la restituyo á su tutor y á su amante.

ECE. Pero di, muchacha, ¿en qué estabas pensando cuando te prendaste de esa figura de tapiz?

ISA. ¡Yo del señor! Si no le conozco.

LEA. ¿Pues no es ese hombre el que la ha sacado á usted de su casa?

ISA. El traje es el mismo, pero no la persona: aquel era un tal D. Remijio.

MOR. El hijo de D. Hilarion.

ECE. ¿Con que se llevó á mi pupila y volvió por la péndola?

POL. Preciso, porque la péndola yo se la ví llevar.

GER. (¿Si me habré quedado dormido de hambre, y habré soñado que he sido yo?)

LEA. Pues usted ¿no ha confesado que robó á esta señorita?

GER. ¿Cuando he dicho yo tal cosa? (No hay duda, es un sueño, y voy á despertar sin los doce duros.)

MOR. Si ese es un paisano, muy borrachon: yo le he contado el lance, y como está hecho una cuba, habrá dicho cualquier disparate.

GER. La verdad es que si no estoy soñando, este vestido me lo ha encajado un señor por el mio.

ECE. Ya está entendido todo.

LEA. Creo, don Ecequiel, que ahora no tendrá usted inconveniente en permitir mi enlace con Isabel.

ECE. Como apruebe usted las cuentas de la tutela?

LEA. Las apruebo sin verlas.

ECE. Entonces esta tarde irán ustedes á la vicaria. (Me quedan los dos mil reales, me queda la péndola, me queda el dote: vaya bendita de Dios la pupila.)

FIN.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,

Calle del duque de Alba, n. 13.